

difuntos, como escribe San Paulino¹; y entre las obras de virtud demos la preferencia, como más propiamente expiatorias, á los ejercicios de mortificación de la carne y del espíritu, á la paciencia en las adversidades, á la conformidad con el divino beneplácito en la tolerancia de las cruces. Finalmente, hermanos míos, no desdeñemos el instrumento quizás más poderoso para despoblar el purgatorio, quiero decir, el tesoro de las satisfacciones de Cristo nuestro Señor y de sus santos, que podemos apropiarnos lucrando numerosas indulgencias, las cuales el Vicario de Cristo, como supremo dispensador de todos los bienes espirituales, puede conceder, no sólo en beneficio de los vivos, sino también de los que murieron en el seno del Señor.

15. Y ¿hemos de ser tan remisos, carísimos oyentes, para aprovecharnos de tantos recursos como ha puesto Dios en nuestras manos para el alivio y descanso de aquellas santas y afligidas almas que imploran á gritos nuestra compasión desde el lugar donde purgan las últimas reliquias del pecado? ¡Oh! no puedo persuadirme de que haya entre vosotros quien mire con indiferencia el cumplimiento de un deber tan justo y natural como éste, en el cual va, como se deja ver, el interés personal de cada uno. Pues ¿qué? ¿no nos importa demasiado procurarnos intercesores y abogados en el cielo, que defiendan nuestra causa en la presencia del Señor? Y ¿no harán este oficio, tan pronto como se vean libres de su cárcel, esas mismas almas á cuya libertad contribuimos eficazmente? Mas, fuera de esto, ¿en qué multitud de ocasiones no se ha experimentado el favor de las ánimas del purgatorio, prontas á soco-

¹ Epist. 13, apud *D'Hauterive* l. c.

rrer á sus devotos en peligros inminentes de la vida? ¡Oh! y ¡qué agradecidas son las almas con aquellos que procuran aliviarlas en sus penas! Nada, pues, tan recomendable como su devoción. *Sancta et salubris cogitatio pro defunctis exorare*. No perdamos jamás de vista este dogma de justicia y de misericordia que, estimulándonos á mirar por el alivio de las almas que penan en el purgatorio, avive en nuestros corazones el temor santo de un Dios justiciero y la confianza en un Padre misericordioso, cooperando de la manera más suave y eficaz á la obra de nuestra santificación. Digamos hoy muchas veces con la Iglesia nuestra Madre: *Fidelium animæ per misericordiam Dei requiescant in pace*. Amén.

SERMÓN DE ACCIÓN DE GRACIAS PARA EL ÚLTIMO DÍA DEL AÑO

(predicado en Bogotá, 31 de diciembre de 1900).

Liberasti me de perditione, eripuisti me de tempore iniquo. Propterea confitebor....

Librásteme de la perdición, y me sacaste á salvo en el tiempo de la calamidad. Por eso te glorificaré....

Eccli. 51, 16. 17.

1. ¡Hemos aquí, dilectísimos hermanos, llegados á los postrimerías del famoso siglo XIX! ¡hemos aquí tocando en el umbral del desconocido siglo XX! Pocas horas, ¿qué digo? pocos momentos más, y el sol de nuestro siglo descenderá entre cortinajes de oro y grana, á hundirse en las profundidades del pasado; y las sombras de la noche, de la última noche de 1900, cobijarán bajo sus negros pliegues toda la redondez del planeta. *Dies diei eructat verbum, et nox nocti indicat scientiam*¹. El

¹ Ps. 18, 3.

día de mañana, haciendo irrisión del día de hoy, le dirá: «Pasaste para siempre»; y la noche de hoy dirá á la de mañana: «Pasarás tú también y te desvanecerás en la nada, como yo.» ¡Lecciones amargas, pero saludables, de los tiempos! Ellos, si sabemos escucharlos, nos enseñan la verdadera ciencia de la vida, haciéndonos palpar la vanidad de lo temporal y barruntar la importancia de la eterna.

Muchos y muy graves pensamientos nos sugiere, hermanos muy amados, el fin de un año, y con mayor razón la terminación de un siglo; y todos ellos, y los sentimientos que naturalmente brotan del corazón, nos elevan hasta el trono de Aquel que, sentado en la cumbre de la eternidad, ve pasar en largo desfile delante de su inmóvil solio la serie de los siglos con todos los hombres, acontecimientos é invenciones que arrastran en su vertiginosa corriente. Sí, elevemos nuestras miradas y nuestros corazones hasta la altura de nuestro origen y de nuestro destino. *Sursum corda!* Tal debe ser el fruto de la experiencia acumulada durante un siglo de vanidades frívolas y crueles desengaños.

2. Mas, ante todo, debemos prosternarnos en el divino acatamiento para rendir solemne y cumplido homenaje de acción de gracias al Dios de bondad y de misericordia, que nos ha otorgado á nosotros, los aquí presentes y congregados en este santo templo, una merced negada á tantos millares de semejantes nuestros, quiero decir, la de poder contemplar con nuestros propios ojos la despedida del siglo que se va y el advenimiento del siglo que llega. *Non mortui laudabunt te, Domine... nos qui vivimus, benedicimus Domino*¹. ¡Oh! ¡cuántos

¹ Ps. 113, 18.

que se prometían, quizás con mejores títulos que nosotros, llegar á este día y aun avanzar muy lejos en la carrera del siglo venidero, sorprendidos ayer no más por inesperada muerte, vieron burladas sus esperanzas; y, si tal vez bendicen hoy al Señor en las mansiones de la eternidad, no lo hacen, como nosotros viadores, sobre la faz de la tierra!

Bendigamos por tanto al Señor que, para conservarnos la vida temporal, nos ha librado de innumerables peligros de muerte: *Liberasti me de perditione* ... y no sólo á nosotros, sino á la cara patria que nos vió nacer, colmándonos de beneficios señaladísimos en el orden temporal, como autor y gobernador supremo de la naturaleza. Bendigámosle aun más porque á Colombia y á sus hijos nos ha arrebatado de otros mil peligros de ruina espiritual: *Eripuisti me de tempore iniquo*, en medio de la calamidad de los tiempos que han corrido durante la última centuria, salvando así con visible providencia nuestros más preciados intereses, la rica herencia de nuestros mayores, la fe y religión que otros pueblos de nuestra misma raza han perdido miserablemente. Mirad, católicos colombianos, si tenemos hoy motivo para decir con el Hijo de Sirach: *Propterea confitebor et laudem dicam tibi*...¹ Así tributaremos solemne homenaje al Autor de todo bien, á Jesucristo Redentor de la familia humana, á quien sea gloria por infinitos siglos. Imploramos etc. *Ave María*.

I.

3. Resumen y compendio de los mil beneficios de la mano del Señor en el orden temporal, es, sin duda,

¹ Eccli. ubi supra.

hermanos míos, la incolumidad de nuestra existencia hasta el momento presente, cuando tantos otros se han estrellado en los escollos de los mares de la vida. No sin razón el Real Profeta no parece acabar nunca de ensalzar á su Dios por este beneficio capital, según vemos en infinitos lugares de sus salmos. «En el corazón guardo, ¡oh Dios! cien votos de alabanza que tengo que pagarte, porque *libraste mi alma de la muerte, y mis pies de una funesta caída, para que pueda complacer al Señor en la luz de los vivientes.*»¹ «*Cercáronme, dice, dolores de muerte, vime rodeado de peligros de infierno, hallé tribulación y pesares; pero invoqué el nombre del Señor.... Torna, alma mía, al lugar de tu descanso, porque el Señor te ha colmado de favores. Él arrebató mi alma de la muerte, mis ojos de las lágrimas, y mis pies de la caída. Agradaré al Señor en la región de los vivos.*»² Así rendía gracias al Omnipotente aquel piadoso y agradecido monarca por la conservación de una vida expuesta, como la suya, á tantos y tan inminentes peligros. ¿Por qué no lo haremos también nosotros, carísimos hermanos, no estando nuestra vida más segura ni menos exenta de riesgos innumerables de perecer á cada instante? ¿No nos hemos visto también rodeados de enemigos visibles é invisibles, eternos conspiradores contra nuestra existencia? ¿Qué otra cosa son para nosotros los agentes de la naturaleza desconcertados en sus influencias y movimientos? ¿qué son los miasmas deletéreos que por todas partes nos envuelven? ¿qué, el aire emponzoñado que respiramos? ¿qué, las substancias de que nos alimentamos? Y esto sin tomar en cuenta la malicia y perversidad de

¹ Ps. 55, 13.² Ps. 114, 9.

muchos hombres que ¡ay! con harta frecuencia van perpetuando sobre la tierra, empapada en sangre, la horrible tradición de Caín, asesino de su inocente hermano.... «Echad una ojeada, dice un célebre orador sagrado¹, sobre esta finísima y maravillosa estructura del cuerpo humano; examinad, siquiera de paso, su organización, la simetría y encadenamiento de todas sus partes. ¡Con cuán poco habría bastado para descomponer y destruir tan delicada como artificiosa máquina! Y ¿quién ha impedido que así sucediera? ¿Acaso alguno ha podido conservarse por sí solo, á fuerza de habilidad ó vigilancia? ¡No, carísimos hermanos! Sólo el divino artífice que la formó con tanta sabiduría como ternura, ha sido capaz de regir y gobernar la admirable estructura de nuestro frágil cuerpo para que no pereciera al choque de tantos elementos contrarios. Por eso nuestros mismos huesos, dice David, las ruedas todas de nuestro organismo están gritando sin cesar: ¡Señor! ¿quién es semejante á Ti?»² Y así, sería intolerable ingratitud, como advierte San Agustín, hacerse el sordo á esta voz de la naturaleza que suena dentro de nuestro mismo ser, y pregona las bondades del Criador. Excitemos una vez más nuestra alma con todas sus potencias á bendecir al Señor, como lo hacía el Profeta: *Benedic, anima mea, Domino...*³

4. Subirá de punto nuestra gratitud para con la soberana Majestad al comparar nuestra suerte venturosa con la desgraciada de tantos hermanos nuestros, que en el curso de este mismo año han perecido víctimas de las horribles calamidades públicas que han asolado á otros

¹ P. Trento S. J., Serm. de fin de año.² Ps. 34, 2.³ Ps. 102, 1.

países, ¿qué digo? á esta misma infortunada tierra de Colombia... Mirad á lo lejos, muy lejos de esta hermosa planicie que se extiende sobre la cima de los Andes, allá en otro continente, en las vastas regiones que bañan el Indo y el Ganges, ¡cuántos millares y aun millones de infelices no han sucumbido materialmente á los horrores del hambre! ¡Oh terribilísimo azote del cielo! ¡qué de víctimas no has hecho en este mismo año allá en las Indias y otras comarcas del oriente! Pues ¿qué diré, cristianos, de las pestilencias y crueles epidemias que han diezgado populosas ciudades y aun provincias enteras? ¿qué, de las guerras, ordinarias engendradoras, no sólo de muerte, desorden y miseria, sino de esas mismas enfermedades contagiosas? ¿qué, de los incendios que por todas partes han devorado soberbios edificios y consumido enormes capitales? ¿qué, de los terremotos que han sepultado á millares de hombres debajo de montones de escombros? ¿qué, por terminar de una vez, de las inundaciones del airado Océano, que, henchido de furor, se ha precipitado en un momento sobre las dormidas poblaciones sentadas en sus playas, y en un abrir y cerrar de ojos las ha absorbido entre sus fauces, ó las ha convertido en ruinas sembradas de cadáveres? Díganlo las desventuradas costas de mares no distantes de nosotros, cuyos lamentables ayes llegaron ayer no más á lastimar nuestros oídos...¹ En verdad puede decirse, como de los tiempos de Isaías, que en los nuestros *abrió infinitas bocas el abismo* para tragarse á los hombres por millares².

Nuestro propio suelo ha sido buen testigo de la voracidad desplegada este año por la insaciable muerte.

¹ Galvestón y otras poblaciones.

² Is. 5, 14.

¡Oh campos de Santander y del Tolima, enrojecidos con la sangre de nuestros hermanos! ¡Oh suelo generoso de Colombia, transformado en vasto cementerio por el furor insensato de guerra fratricida! ¡Oh piras de cadáveres devorados, no ya por el fuego, impotente para reducirlos á cenizas, sino por las aves del cielo y la acción inclemente de los elementos! ¡Oh montones de cuerpos envenenados por la peste! ¿Quién no se estremece, hermanos míos, al contemplar tantos horrores en el suelo querido de la patria? ¿Quién no se asombra al verse con vida y salud entre tantas víctimas de la muerte? No nos queda sino reconocer que vivimos por obra de la misericordia del Señor, exclamando, como Jeremías á vista de las ruinas de la santa Ciudad: *Misericordiæ Domini, quia non sumus consumpti*¹. *Nuestra vida se ha acercado mucho á los bordes del sepulcro*². Y al conocer esta verdad terrífica y consoladora al mismo tiempo, no podemos menos de repetir con honda emoción de gratitud: *Confitebor tibi, Domine*, etc.

5. Mas, si extendemos el día de hoy, postrero de este siglo borrascoso, la vista de la consideración por toda la serie de los cien años transcurridos, ¡qué de riesgos hallaremos haber corrido esta otra vida colectiva, más interesante que la individual, la vida de la patria, tantas veces combatida por toda suerte de agentes destructores! Á la verdad, católicos oyentes, ¡qué de acontecimientos transcendentales, ya prósperos, ya adversos, no han tenido lugar en el lapso de cien años! ¡qué de vicisitudes no ha venido experimentando nuestra joven nación, protegida por la mano de la Providencia! Los que han alcanzado entre nosotros gran parte del siglo XIX,

¹ Thren. 3, 22.

² Ps. 87, 4.

¡qué de cosas no han visto y oído entre el vaivén incesante de nuestra agitada existencia política y social! Inmensa conmoción en todo el país al alborear el siglo, semejante al crujir de las nubes precursoras de tempestad, anunció la gran transformación política operada luego por el oleaje de independencia que nos separó del tronco de la madre patria. Tras sangrientas luchas en los campos de batalla vinieron otras luchas en el palenque de las ideas y de las pasiones que llenaron casi un tercio de siglo, antes de que el país pudiese marchar con alguna regularidad por la nueva senda de nación libre y soberana. Á medida que la centuria avanza, crecen también nuestras agitaciones, suscítanse año tras año nuevas discordias civiles, atizadas por ambiciones siempre nuevas ó locos proyectos de gobierno, y la sangre de los pueblos sigue derramándose á torrentes, los desórdenes, como es natural, se multiplican sin medida, el atraso y la miseria se dejan sentir con más ó menos violencia, las más crueles y mortíferas enfermedades se tornan endémicas, á lo que se añaden calamidades públicas, con que de tanto en tanto nos llama Dios al orden, terremotos que asuelan algunas de nuestras más florecientes ciudades, incendios que consumen nuestras riquezas, plagas que esterilizan las cosechas, langosta que tala los campos de labor, y tantos otros males que hacen de nuestra vida una agonía interminable, cuyo fin todavía no se alcanza á vislumbrar.

Y en medio de todo eso, y á despecho de tantos infortunios, ¿quién no advierte y admira esa misericordia del Señor que nos sostiene y sustenta, salvando, como por milagro, nuestra vida social acometida por tantos peligros de muerte? ¿Quién no comprende que

Dios ama con predilección á Colombia, puesto caso que, á pesar de los muchos elementos contrarios con que ha tenido que luchar, su población aumenta considerablemente, sus ciudades se engrandecen y hermocean, sus costumbres se hacen cada día más suaves y cultas, su riqueza no se agota, su nombre es querido y respetado de los pueblos extranjeros; en una palabra, progresa en el buen sentido de la palabra, digan lo que quieran los enemigos de las cristianas instituciones que nos rigen, y cuenta con elementos de vitalidad y de poder que, en épocas no lejanas de tranquilidad pública, la elevarán á la altura de las más prósperas naciones del Nuevo Continente. Sobre todo, hermanos míos, y es lo más importante en la materia, Colombia debe á la divina Providencia otros mil bienes infinitamente más valiosos que los del orden temporal y terreno: débele tesoros cuantiosos de gracia, como vais á ver y admirar en la segunda parte, que será la principal de mi discurso.

II.

6. Mas, antes de entrar en la consideración de los beneficios del orden sobrenatural recibidos en masa por esta nación afortunada, detengámonos por algunos momentos á reflexionar sobre los que ha recibido en particular cada uno de cuantos aquí estamos congregados para rendir gracias al Todopoderoso. Y si el mayor de los beneficios temporales es, según dejamos apuntado, la vida natural, ¿cuál será el mayor de los bienes espirituales sino la vida sobrenatural, esto es, la vida de la gracia? ¡Ah! ¡dichosos una y mil veces cuantos puedan afirmar con la sinceridad de una conciencia pura ó purificada en el baño de la Penitencia, que se en-

cuentran en posesión de esta vida! ¡preciosa y envidiable suerte la de aquellos que realmente son este mismo instante objeto de las complacencias de todo un Dios, y de la adoración y cariño de los ángeles! Á esas almas, que alientan con la vida de los hijos de Dios, ¿qué les importaría vivir agonizando en un mar de penas y dolores físicos, agobiadas de trabajos y miserias, si, todo bien mirado, nada son en comparación de aquel bien incalculable la salud, la vida y cuantos tesoros hay en el mundo, y nada son también todos los males temporales, parangonados con el sumo mal de estar muerto á los ojos de Dios? Dichosos, pues, los que, por medio de la frecuencia de los Sacramentos y la práctica constante de piadosos ejercicios, han logrado conservar el tesoro de la gracia durante un año entero, y aun muchos años de su vida. ¿Quién de vosotros, católicos oyentes, no está plenamente convencido de esta verdad? ¡Oh, si, como lo está el entendimiento, estuviera también persuadida la voluntad! ¡Qué acción de gracias, qué cánticos de bendición no se elevarían de lo íntimo de un alma que tuviese, no ya la certeza absoluta (cosa imposible de ordinario), sino á lo menos la certidumbre moral de hallarse en estado de gracia! Y ¿por qué no he de creer yo y aun afirmar sin vacilación que hay aquí mismo, entre los que actualmente me escuchan, muchas de esas almas felicísimas, adornadas de la rica vestidura de la gracia habitual y santificante? ¡Oh! si, como Santa Catalina de Sena y otros santos, tuviese yo el don de leer en el fondo de los corazones, ¡qué parabienes no daría á esas almas en donde habita como en templo vivo el Espíritu Santo y toda la Trinidad beatísima! Mas, ya que no me es dado distinguir las y contarlas, bástame saber que existen,

y no en pequeño número, que me escuchan, tal vez temblando delante de Dios como el humilde publicano, para exhortarlas con toda la vehemencia de que soy capaz, á que alaben y glorifiquen al Dador de tanto bien: *Confitemini Domino, quoniam bonus*¹. ¡Oh! ¡qué bien pueden exclamar con el Profeta: *Deus meus es tu, et confitebor tibi*: Tú eres mi Dios y te confesaré; sí, tú eres mi Dios².

Y, lejos de vanagloriarse de la felicidad que poseen, como de merecimiento propio, reconocerían que todo fué obra de la diestra del Señor: *Dextera Domini fecit virtutem*³; que Él fué quien las previno con su llamamiento, las libró de la tentación ó las sostuvo en el peligro, las robusteció con el auxilio de su gracia y les dió perseverancia en el bien. Que, como discurre San Agustín, estar en gracia significa ser deudor á Dios de tantas gracias como pecados se han dejado de cometer, como tentaciones se han vencido.

7. Y ¿qué debéis pensar vosotros, pecadores infelícísimos, que tantas veces en la vida, y aun en este mismo año, habéis ofendido gravemente á nuestro Dios, menospreciado su gracia, y quizás, con indigno abuso de su misericordia, apenas recobrada, la habéis arrojado al cieno con vuestras infinitas reincidencias? Mucho, ciertamente, tenéis que temer; pero también mucho que agradecer al Señor y hartos motivos de rendirle tributo de adoración y alabanzas. Pues, ¿qué mayor beneficio que haberos conservado la vida para volver sobre vuestros pasos y convertirlos de veras; y, sobre esto, haberos otorgado salud y bienes de fortuna y quizás colmado de otros mil favores, á pesar de haberos mostrado vosotros

¹ Ps. 105, 1. ² Ps. 117, 28. ³ Ibid. vers. 16.